



Habían pasado un tiempo realizando su habitual labor y cada día estaban más unidos.

Un atardecer de cielos rojos, anaranjados y violetas, llegaron a un ciudad de la costa, Pichín percibió el encanto de los crepúsculos frente al mar y comenzó a sentir la inquietud en lo más recóndito de su interior de que precisaba conocer otros lugares y personas para formarse una idea más concreta del ser humano, mucho le habían enseñado hasta el momento presente sus amigos y las gentes que fue conociendo, también sus sentimientos habían experimentado diversidad de emociones que guardaba en su interior, pero sabía que estaba próximo el momento de partir.

Pensaba que Isabella, sería una buena compañera para el "Maestro" y que le ayudaría en su deambular

por los mercados, él le había tomado mucho afecto a la joven, quizá algo más, cariño, pero tenía que proseguir.

Aquella mañana limpia y luminosa, se levantó de un modesto camastro en la posada donde llegaron el día anterior, apenas clareaba el día.

- ¡Al diablo con la pereza! - se dijo Pichín.

El muchacho quería conocer la localidad, se aseó y salió. Las calles estaban casi desiertas a esa hora temprana, tenía decidido dar una vuelta, caminar por el barrio, disfrutar de esa luminosidad de la primavera a punto de comenzar y del paisaje novedoso para él, no acostumbrado a ciudades con mar.

Una mujer que se cruzó en su camino le paró y con una sonrisa entre amable y picaresca le dijo:

- ¡Pero qué alegría encontrarte!, andas medio perdido en los últimos tiempos, ya casi no se te ve por la "La cueva del Marinero", a ver si vienes más seguido.

Pichín se extrañó mucho de esta familiaridad, pero siguió por la ceñida y empinada cuesta de la calle que salía a una pequeña plazoleta donde se topó con una edificación a modo de fortín abandonado y medio derruido, se acercó con curiosidad hacia la entrada, la puerta se resistió un poco, una obstrucción en la cerradura quizás, bajó por la escalera, cuyos peñaños estaban rotos y algunas losas cada vez más pequeñas, hasta cinco, su curiosidad aumentaba al tiempo que el recinto se reducía y hacia más oscuro apenas iluminado por los primeros rayos de un incipiente sol que fusilaba el interior por la falta de tejado en la cúpula de aquel torreón.



Cuando terminó su posibilidad de avanzar y llegado a lo que parecía el recinto más profundo, notó en sus pies el frío del agua, la zona estaba inundada, posiblemente la lluvia había formado un ligero charco en el fondo, buscó la protección que le proporcionaba una roca saliente a donde se encaramó, pero la piedra no aguantó su peso y se desplomó. Pichin cayó de bruces sobre el barro, miró hacia la posición en donde estaba la maldita piedra acertó a ver una estrecha oquedad a cuyo final parecía filtrarse algo similar a unas finas rendijas de claridad.

Pichin se preguntó que habría al final de aquella abertura y si cabría por el hueco, lo intentó, contrajo su flexible anatomía y fue deslizando por aquel pasadizo, su mente le transportaba a imaginar que hallaría un tesoro, quizá un cofre lleno de monedas de oro, pero cuando se encontró de nuevo en una plazuela similar a las que había recorrido con anterioridad, nada encontró, desencantado y tras comprobar que lo que le pareció luz no eran más que diminutas fisuras que las raíces de los árboles habían creado al penetrar en la tierra, decidió regresar por el camino conocido, primero hasta la base profunda de la torre del fortín y luego subir por las escaleras.

Una vez alcanzó de nuevo la sala donde la piedra se había desprendido, observó que el sol estaba ya más alto y que la estancia tenía algo más de luz, la suficiente para ver que en la parte posterior de la piedra desprendida había un objeto brillante.

Tiró de aquello que tímidamente asomaba y extrajo, con algo de dificultad, un tubo de metal enmohecido, cuando lo pudo limpiar un poco observó que tras el óxido aquel metal brillaba y que para su tamaño pesaba poco lo que le hizo pensar que estaba hueco, buscó la forma de encontrar una abertura y en uno de sus extremos pudo sentir el tacto de un resorte que oxidado no se accionaba, tras mucho frotarlo y

tratar de limarlo con pequeñas piedras, el artilugio cedió y efectivamente su interior era un cilindro en donde pudo encontrar a modo de un pergamino de cuero, lo volvió a dejar en el interior y visiblemente nervioso comenzó a ascender por aquellos peligrosos escalones.

Sería ya el medio día, se encontraba sucio y cansado, se alarmó por si le andaban buscando sus amigos, guardó aquel cilindro en su bolsillo y se apresuró a regresar a la posada.

- Jovenzuelo, ¿donde se metió que viene tan sucio?, sus amigos le andan buscando con preocupación.-

Cuando se pudo zafar del posadero, que con su conversación no había logrado otra cosa que aumentar su nerviosismo, subió rápido a su aposento, se cambió de ropa y se quitó el barro como pudo.

Con mejor aspecto salió rápidamente al portal consciente de que le estarían buscando, al salir coinci-

dió con el “Maestro” e Isabella que regresaban muy alterados. Ambos tras mostrar su alegría y susto a la vez le abrazaron, más tranquilos, Pichin les contó que había estado por la ciudad y en el fortín, pero nada les dijo de lo que había encontrado, quería tener la oportunidad de poderlo investigar bien y con calma, podría ser algo de interés pero también cualquier banalidad.

Repuestos y felices por el desenlace, el “Maestro” les ofreció una invitación para comer algo típico y entraron en el comedor, Isabella, alegre y pizpireta, hizo que se sentaran a su lado sus dos ‘amores’ como ella los llamaba cariñosamente.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com